

Sexto Domingo de Pascua (13/05/2007)

Textos bíblicos (Tomados de [La Biblia](#) de La Casa de la Biblia)

Primera Lectura: Hch 15,1-2.22-29

Algunos que habían bajado de Judea enseñaban a los hermanos:

–Si no os circuncidáis según la tradición de Moisés, no podéis salvaros.

Este hecho provocó un altercado y una fuerte discusión de Pablo y Bernabé contra ellos. Debido a ello, determinaron que Pablo, Bernabé y algunos otros subieran a Jerusalén, para tratar esta cuestión con los apóstoles y demás responsables.

Entonces, los apóstoles y demás responsables, de acuerdo con el resto de la comunidad, decidieron escoger de entre ellos algunos hombres y enviarlos a Antioquía con Pablo y Bernabé. Eligieron a Judas, el llamado Barsabás, y a Silas, personajes eminentes entre los hermanos.

A través de ellos les enviaron la siguiente carta:

“Los apóstoles y demás hermanos responsables, a los hermanos no judíos de Antioquía, Siria y Cilicia. Saludos. Hemos oído que algunos de entre nosotros, sin mandato nuestro, os han inquietado y desconcertado con sus palabras.

Por tal motivo, hemos decidido de común acuerdo escoger algunos hombres y enviároslos con nuestros amados Bernabé y Pablo, hombres que han consagrado su vida al servicio de nuestro Señor Jesucristo. Enviamos, pues, a Judas y a Silas, que os referirán lo mismo de palabra. Porque hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros no imponeros otras cargas más que las indispensables: que os abstengáis de lo sacrificado a ídolos, de sangre, de carne de animales estrangulados y de matrimonios ilegales. Haréis bien en guardaros de todo esto. Que os vaya bien.”

Salmo Responsorial: Sal 66,2-8

R/ Oh Dios, que te den gracias los pueblos, que todos los pueblos te den gracias.

Que Dios se apiade y nos bendiga,
que haga brillar su rostro sobre nosotros;
para que conozcan en la tierra tus caminos,
tu salvación en todas las naciones.

Oh Dios, que te den gracias los pueblos,
que todos los pueblos te den gracias.

Que se alegren y canten de júbilo las naciones,
porque juzgas los pueblos con rectitud,
gobiernas las naciones de la tierra.

Oh Dios, que te den gracias los pueblos,
que todos los pueblos te den gracias.

La tierra ha dado su fruto;

nos bendice el Señor, nuestro Dios.

Que Dios nos bendiga, y que lo teman
hasta los confines de la tierra.

R/ Oh Dios, que te den gracias los pueblos, que todos los pueblos te den gracias.

Segunda Lectura: Ap 21,10-14.22-23

Me llevó en espíritu a un monte grande y alto y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que bajaba del cielo enviada por Dios, resplandeciente de gloria. Su esplendor era como el de una piedra preciosa deslumbrante, como una piedra de jaspe cristalino. Tenía una muralla grande y elevada y doce puertas con doce ángeles custodiando las puertas, en las que estaban escritos los nombres de las doce tribus de Israel. Tres puertas daban al oriente y tres al septentrión; tres al mediodía y tres al poniente. La muralla de la ciudad tenía doce pilares en los que estaban grabados los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero.

No vi templo alguno en la ciudad, pues el Señor Dios todopoderoso y el Cordero son su templo. Tampoco necesita sol ni luna que la alumbren; la ilumina la gloria de Dios y su antorcha es el Cordero.

Evangelio: Jn 14,23-29

Jesús le contestó:

–El que me ama, se mantendrá fiel a mis palabras. Mi Padre lo amará, y mi Padre y yo vendremos a él y viviremos en él. Por el contrario, el que no guarda mis palabras, es que no me ama. Y las palabras que escucháis no son mías, sino del Padre, que me envió.

Os he dicho todo esto mientras estoy con vosotros; pero el Paráclito, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, hará que recordéis lo que yo os he enseñado y os lo explicará todo. Os dejo la paz, os doy mi propia paz. Una paz que el mundo no os puede dar. No os inquietéis ni tengáis miedo. Ya habéis oído lo que dije: «Me voy, pero volveré a

vosotros». Si de verdad me amáis, deberíais alegraros de que me vaya al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Os lo he dicho antes de que suceda, para que cuando suceda creáis.



Del libro “Seguir a Jesús en la vida Ordinaria” Javier Garrido

Sexto Domingo de Pascua– ciclo C

1. Si se comparan Gál 1-2 y Hech 15, se percibe inmediatamente el talante conciliador de Lucas. De hecho, las tensiones eclesiales fueron mucho más duras. No conviene que idealicemos a la Iglesia primitiva. Se parece demasiado a lo que también ahora ocurre.

Hech 15 nos puede ayudar a comprender algunos aspectos de nuestra vida eclesial, por ejemplo:

1) La necesidad de superar, en medio de los conflictos, las posiciones partidistas. Tenemos mucha tendencia a absolutizar las ideas propias. Este espíritu de consenso es parte del amor cristiano. No se confunda con el «espíritu político», muy frecuente en ámbitos eclesiásticos, en que el consenso no crea comunión sino es manejo inteligente de las situaciones. En este caso, la verdad está subordinada al poder.

2) Sentido de la autoridad en la Iglesia. En los cristianos conservadores, la Iglesia se reduce a la autoridad. En los cristianos «progres» la autoridad es la negación de la comunidad cristiana.

Hay aspectos emocionales en esta cuestión (necesidad de seguridad en unos y reacción adolescente en otros), y aspectos teóricos (cómo hay que concebir la autoridad en la Iglesia, con tanta carga institucional o, más bien, como servicio profético?), y aspectos prácticos (un nuevo modelo de distribución del poder y de las responsabilidades, menos verticalitas y clerical). Hay que reconocer que, en la Iglesia católica, a pesar del Vaticano II, muy poco ha cambiado. Cuando comparamos su funcionamiento con el que sugiere Hech 15 (la autoridad y la comunidad entera, clérigos y laicos, todos son corresponsales), sentimos la diferencia. Ciertamente, no se trata de reproducir el modelo de la Iglesia primitiva, pero el actual no nos satisface.

3) La frase «Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros... » nos hace leer las mediaciones eclesiales a otra luz.

En cuestiones dogmáticas, cuando la Iglesia entera toma una decisión, sabemos, por la fe, que el Espíritu Santo garantiza la fidelidad de la Iglesia a la verdad del Evangelio. En este caso, el Concilio de Jerusalén trataba, en efecto, de la cuestión dogmática de la suficiencia de la fe para pertenecer a la Iglesia y recibir la Salvación. Pero las decisiones referentes a los alimentos no tenían carácter dogmático. ¿Por qué se atribuían al Espíritu Santo? Sin duda, porque era el medio para mantener la comunión eclesial.

Esto no quiere decir que la Iglesia acierte siempre, sino que yo, como creyente, debo discernir entre lo dogmático y lo pastoral, que fomenta la unidad eclesial, y valorar ambos aspectos, aunque no del mismo modo. Por ejemplo, muchos documentos que emanan de Roma tienen un carácter pastoral (una decisión doctrinal en un momento dado), pero no dogmático. Si distingo, podré no estar de acuerdo con la decisión doctrinal, pero valoraré su intencionalidad.

De aquí no se deduce un espíritu tan conciliador como para atenerse siempre a las decisiones de la autoridad. Al contrario, de lo anterior se deduce la capacidad

de discernimiento, que en algunos llevará a acentuar la unidad eclesial, y en otros, a plantear conflictos (cuando las decisiones parecen parciales y ocultan intrigas del poder). En cualquier caso, el creyente maduro mantiene, en su conciencia y en la praxis, la síntesis entre libertad evangélica y sensibilidad eclesial.

2. A la luz del Evangelio, puede parecer que estas cuestiones de «política eclesial» tienen poco que ver con la Resurrección. Sin embargo, el que separa la acción interior del Espíritu Santo de los problemas de la comunidad cristiana, es que concibe lo espiritual como un mundo aparte, sin problemas ni responsabilidades. Tal fe es demasiado infantil.

Fe adulta es la que se centra en el Amor como don en Cristo; pero lo traduce, prácticamente, en los conflictos eclesiales, sociales, familiares...

El adulto en la fe no pierde la paz, el don del Resucitado, cuando se encuentra con su pecado y el de los suyos; pero no la confunde con la falsa seguridad. Sabe que hay que caminar entre luces y sombras, que por eso nos ha prometido Jesús el Espíritu, que va guiándonos a nosotros y a la Iglesia hasta el final de los tiempos.

3. Termina tu preparación para la Eucaristía con la segunda lectura del Apocalipsis. Necesitamos ensanchar nuestra esperanza hasta el Cielo, hasta la felicidad inmarcitable que nos aguarda a los que creemos en Jesús, el Cordero entregado por todos, y en Dios, su Padre, omnipotente y fiel.

TEXTO DE FRANCISCO : Admoniciones (Adm 15)

Cap. XV: De la paz

¹*Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios (Mt 5,9).* ²Son verdaderamente pacíficos aquellos que, con todo lo que padecen en este siglo, por el amor de nuestro Señor Jesucristo, conservan la paz en el alma y en el cuerpo.